

DE LA CRITICA Y LA ESTETICA

ABSTRACCION Y SENSIBILIDAD

Breve divagación sobre arte moderno

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

La pintura moderna nos alecciona en la dramática indagación que la historia del arte recorre en pos de un gradual descubrimiento del YO, de la expresión del mundo interior, existencial muchedumbre de sentimientos y ansiedades en íntima integración: un mundo más dilatado cada instante y más abscondito. Esta obsesionada subjetividad, con todo lo que encierra de ignoto y múltiple, sea tal vez lo que explique él a primera vista desorientador conflicto del arte moderno y sus conquistas de lo abstracto.

Pero también es evidente que el artista moderno sabe mantener la conciencia inmanente de sus sueños, en lucha tenaz por la expresión sensible de ese nuevo mundo de latencias penumbrosas, de informes energías modeladoras y determinativas, de profundos estratos subconscientes, todo lo cual ha de tomarse como efecto inevitable de tendencias que ascienden desde las raíces mismas de la vida espiritual.

Nunca se repetirá demasiado —porque para muchos el juzgar la obra de arte consiste en buscarle parecidos con la vida real— que una obra lo es verdadera cuando nos entrega algo nuevo, con vida propia, valorable por sus propias normas. La obra de arte, como tal, vive solo en la mente de los espectadores. De allí que el arte y el artista existan en función del público. Desarrolémonos, pues, en capacidad estimativa, crítica y emocionalmente, como público; porque público y artista son inseparables, y por ello el arte solamente puede prosperar allí donde haya comprensión entre los dos.

Disfrutar de un cuadro es como amar. El ser amado no puede ser materia inventariable; no es la suma de sus cualidades lo que solicita y avasalla nuestro afecto. Amar y valorar el arte no son planteos de una ciencia exacta. En la valoración artística la dificultad radica en que el total es infinitamente mayor que las partes. El análisis de un ser amado, rasgo por rasgo, es tarea inútil, porque la causa de ese efecto es la personalidad ecuménica indiscriminada.

Con un cuadro nos ocurre otro tanto: analizarle sus partes y su técnica jamás logran explicar por qué nos gusta. Mientras miramos la obra

de arte hemos de hacerlo considerándola como única en su especie, en abstracción completa.

Acontece, sin embargo, que el embeleso, el raptó abstractivo frente al cuadro no puede prolongarse indefinidamente: el juicio acaba por intervenir para cerrar, aunque sea temporalmente, la sensación sicofísica del cuadro.

Nunca o casi nunca es alcanzable un completo análisis; pero la tentativa es básica para una comprensión mayor, o para su desarrollo en lo posible. Si el cuadro es hermoso, nuestro embeleso se producirá cuantas veces lo miremos.

También el juicio acaba por contribuir al deleite de la contemplación. En realidad todo nuestro potencial anímico contribuye a ello: lo mismo la memoria que el entendimiento. Y todo cuanto mentalmente percibimos lo colocamos en la categoría de las cosas similares, correlacionándolas con otras conocidas.

Así sucede en cada caso individual. Solo que, a fuer de humanos, los juicios tienen una similitud básica, que genera grupos más o menos numerosos de gustos afines. Y continuando el paralelo entre el amor y la estimación crítica, podemos anotar que si el uno y la otra son realidades íntimas, únicas, incompatibles, sin embargo —¿acaso todo el mundo no se enamora?— Y para enamorarse —¿no sigue, acaso, una norma establecida?— Y no se llega aun al caso de coincidir con otros en el ser o en el objeto del amor?

Cultivemos, pues, la compañía de los cuadros para que nuestros ideales de arte se renueven y para que el espíritu se nos enriquezca de reacciones efectivas. Si no consideramos perdido el tiempo dedicado —pongamos por ejemplo— a aprender un idioma, o alguna brillante habilidad manual —cómo podríamos considerar perdido el que destinemos a la contemplación indagante de los cuadros, si el atesoramiento de allí derivado es incomparablemente mayor? Meditemos y conpongamos en que los artistas son los grandes descubridores de inadvertidas hermosuras y riquezas de la vida, y que nos invitan a mirarlas a través de sus ojos, para una incesante renovación del mundo por obra y gracia de la luz primordial.

El arte transmite sentimientos y creencias que se incorporan a nuestra naturaleza. Y si no inspira un acto en particular, determinado, concreto, en cambio nos modela el entendimiento de manera que influya en nuestros actos y los aprestigie. Reconozcamos y profesemos con Cezanne que “el arte nos pone en estado de gracia cuando infunde y revela a nuestro espíritu la emoción universal, de una manera natural y religiosa”. Todo es grande, bueno y auténtico en el arte, cuando el arte es la obra de la naturaleza humana en su más alto sentido; es decir, cuando el arte es la obra del alma, no tan solo obra de las manos. Por *obra del alma* ha de entenderse la obra de toda la criatura inmortal, iniciada en un corazón ávido, perceptivo y ágil; obra perfeccionada por el intelecto, y obra ejecutada por las manos bajo la conducción directa de poderes superiores, según el doctrinal crítico estético de quien predicó el trabajo iluminado siempre por el impulso creador.